

IRÁN, LA REVOLUCIÓN EN NOMBRE DE DIOS: PRECEDIDA POR UNA ENTREVISTA A MICHEL FOUCAULT. CLAIRE BRIÈRE Y PIERRE BLANCHET. MEXICO D.F., TERRA NOVA, 1980.

En abril de 1978 el matrimonio formado por los periodistas franceses Claire Brière y Pierre Blanchet aterriza en Teherán para realizar una serie de reportajes para el periódico *Libération* cubriendo la incipiente revuelta iraní. En septiembre y noviembre de ese mismo año, un viejo conocido, Michel Foucault, visitó Irán en dos ocasiones, la primera coincidiendo casualmente con el momento más crítico de la revolución: las dos manifestaciones multitudinarias del mes sagrado de Muhárram, que terminarían en la masacre del llamado “viernes negro” y supusieron el punto de no retorno que conduciría al definitivo derrocamiento del Shah. Brière y Blanchet sirvieron de cicerones de Irán y la revuelta para Foucault, los tres compartían un interés común por la sublevación y habían colaborado en la organización maoísta *Gauche Prolétarienne*, fundada en la inmediata resaca del mayo del 68. En marzo de 1979 los dos periodistas publicaron *Iran: la révolution au nom de Dieu*, un resumen de sus meses de cobertura de la revuelta en forma de ensayo periodístico, que incluía como epílogo una importante entrevista con Foucault.

Lejos de ser un típico ejemplo de reportaje distante y “orientalizante”, con el ojo puesto, en el mejor de los casos, en los movimientos geopolíticos y en el juego estratégico entre los actores implicados (las potencias occidentales, el Shah, las cúpulas de los ejércitos, los bazaaris, el clero o los líderes políticos), el testimonio de Brière y Blanchet tiene la virtud de fundirse en la masa sublevada, de comprender sus motivaciones, de asistir a

lo que Foucault denominaría el momento de subjetivación, de aparición de una voluntad colectiva, una espiritualidad política. El libro podría dividirse en tres partes. Una primera compuesta por el primer capítulo, “El fin de un reino”, que constituye un ejercicio magistral de análisis de la fenomenología de la revuelta. Una segunda que incluye los dos capítulos restantes del libro, “El sistema Shahinshai” y “El cielo y la tierra”, donde se realiza una síntesis del contexto y los determinantes históricos de la revolución y el Irán moderno. Y finalmente la entrevista de los dos autores a Foucault, incluida a modo de introducción en la edición mexicana que aquí se reseña.

“El fin de un reino” narra los acontecimientos revolucionarios a pie de calle. Brière y Blanchet vivieron en primera persona lo que denominaron un “maremoto místico”, la aparición de la verdad y lo eterno, “las dimensiones de la utopía y el sueño”. Los elementos que componen esta inmersión en la revuelta se pueden enunciar a modo de breve listado: 1) La irrupción de la revuelta como epifanía, condicionada por la historia, pero ni esperada en su irrupción en el tiempo ni determinada en su desarrollo. 2) El desborde de las organizaciones de la oposición y las cúpulas dirigentes, sean estas líderes políticos o religiosos, cuando éstos llaman al cálculo estratégico y a la medida. 3) La diferente dimensión temporal, la suspensión del tiempo de la historia y de la cotidianidad. 4) La emergencia de una nueva subjetividad que transfigura a los individuos y de una voluntad colectiva que los fusiona en sus diferencias, física y espiritualmente. 5) La división radical y antagonica entre el mal encarnado en la figura del Shah y el bien en el islam y Khomeini, una simbología emocional de la que también participan los manifestantes críticos con el ayatolá

y la religión. 5) El peligro de deriva intolerante de ese antagonismo hacia los percibidos como “otros” como correlato de la fraternidad intensa experimentada entre los manifestantes. 6) Una multitud destituyente que se representa a sí misma en un ejercicio de dramaturgia y épica mitológica, repetida una y otra vez en las manifestaciones. 7) La aparición de rumores e informaciones no contrastadas que adquieren el estatuto de verdad evidente al encajar en ese relato mitológico. 8) La asociación entre los acontecimientos contemporáneos y una mitología centenaria y eterna, vividos ambos como indisociados. 9) La nueva dimensión mística que adquiere la muerte, enfrentar la posibilidad del martirio como acto de libertad suprema. 10) El progresivo reflujo de la mística de la revuelta y la reaparición del tiempo histórico de las diferencias y los cálculos estratégicos. La narración de los acontecimientos de Brière y Blanchot se detiene en el regreso desde el exilio del ayatolá Khomeini a un Teherán tomado por las masas llenas de entusiasmo, pero donde empieza a aparecer la preocupación por el futuro. El momento de la victoria y el del paso del tiempo de la revolución al tiempo de la constitución.

En la segunda parte del libro los autores elaboran un análisis político e histórico de Irán que funciona como marco explicativo de la revuelta, sus causas y su contexto. Los elementos de este análisis también se pueden enumerar como breve listado: 1) Un esbozo de la historia de Persia desde los aqueménidas hasta Reza Pahlavi y del mazdeísmo a la deriva bahai y el chiísmo político de Alí Shariati. 2) El papel del imperialismo europeo y norteamericano con un Irán en el centro del “Gran Juego” de Asia Central y la geopolítica del petróleo de Oriente Medio. 3) El chiísmo como tradición espiritual popular centrada en santos y mártires, pero

también como religión institucionalizada en mulás y ayatolás. 4) Las divisiones campo ciudad, la diversidad étnica, las tremendas desigualdades de un Teherán que va camino de convertirse en una megalópolis dividido con tiralíneas entre el norte rico y aculturado por la sociedad de consumo americana y el sur miserable, guardián de unas supuestas esencias de la “iranidad”. 5) El poder imperial de un Shah sostenido por un ejército desmesurado y la policía política, el SAVAK; un Shah que busca legitimación en el despotismo ilustrado de la modernización económica y la occidentalización forzada y en la institución milenaria del imperio frente al chiísmo como fundamentación alternativa del Estado. 6) La diversidad de la oposición al Shah: obreros y fedayines comunistas, muyahidines del MEK, nacionalistas herederos de Mossadegh, el legado de Alí Shariati, burgueses occidentalizados, clérigos conservadores y liberales y en medio de todo ello la figura enigmática y omnipresente de Khomeini. El conjunto de estas dos partes da una visión omniabarcante de la revolución iraní, de su inclusión por una parte en el tiempo histórico de las explicaciones económicas, políticas y sociológicas, y por la otra de la irrupción de una revuelta que ningún analista había previsto, con un componente místico que fascinaría a un Foucault crítico con el desencantamiento y la imposibilidad de cambio en el mundo occidental.

En la entrevista final que Brière y Blanchot realizan a Foucault, se abordan las dos dimensiones tratadas en el libro, fenomenológica e histórica. En un momento de la entrevista Foucault declara que “si me gustaron los artículos de ustedes fue porque no tratan, justamente, de descomponer ese fenómeno en sus elementos constitutivos, intentan dejarlo como una luz que sabemos que está hecha

de varios resplandores. Tal es el riesgo y el interés cuando se habla de Irán”. Lo que quiere decir que el análisis “estratégico” de los diferentes actores, ampliable a los condicionantes históricos y el contexto económico, político y social de Brière y Blanchet no oculta su apreciación del momento revolucionario en tanto que mística emancipadora y vivencia subjetiva colectiva, su aproximación al mismo es profundamente respetuosa de su singularidad. Pese a ello, en la entrevista los registros de los autores y Foucault tienden a operar en diferentes dimensiones. Mientras ellos van dirigiendo su atención hacia el inmediato futuro de la revolución y los graves problemas que se le presentan, Foucault, aun siendo plenamente consciente de ello, mantiene su análisis en el nivel del acontecimiento y las subjetividades, un enfoque que prefigura su teorización sobre proceso de subjetivación, conducta, ética del sujeto o cuidado de sí que marcaría el trabajo de sus últimos años. En la entrevista pueden identificarse dos puntos problemáticos en la teorización de Foucault en torno a la revuelta, puntos que atraviesan todos sus textos sobre Irán. El primero es su duda sobre la capacidad del occidente secularizado para experimentar el acontecimiento genuino de *soulèvement*, una capacidad que la espiritualidad chií habría mantenido viva frente a los esfuerzos modernizadores del Shah. Foucault sostenía que desde los siglos XVII y XVIII las revoluciones en Occidente habían perdido su elemento milenarista y religioso y por lo tanto su “espiritualidad política” (término este ampliamente comentado pero que Foucault había utilizado solamente en una ocasión, en el famoso artículo «¿Con qué sueñan los iraníes?» enviado a *Le Nouvel Observateur*). En esta apreciación está la influencia clara de la lectura que afirma le llevó a viajar

a Irán, *El principio Esperanza* de Ernst Bloch y el acercamiento de Foucault a un chiísmo “mistificado” a través de la lectura de Corbin y Massignon. El segundo punto es la problemática que conlleva su teoría de la dominación y de reducción del pensamiento a una micropolítica del presente y las subjetividades, donde la posibilidad de un enfoque macro sobre el poder institucional y el cambio político (esto es, la historia) queda conscientemente dejada de lado.

Sobre el primer punto sería muy interesante confrontar la reflexión de Foucault con un texto del mitólogo italiano Furio Jesi, *Spartakus*, que permaneció inédito durante años. Jesi había participado activamente en el mayo francés y su libro, escrito poco después de los acontecimientos, no duda en analizar la revuelta parisina desde la óptica de sus estudios sobre el mito y la mística religiosa. En él encontramos desarrollados todos los *topoi* de Foucault en relación a la revuelta iraní plasmados en sus artículos y entrevistas de la época: el proceso de subjetivación, la suspensión y apertura del cierre temporal histórico, el desborde de los cálculos estratégicos y partidistas, la asunción de la muerte y el sacrificio como elemento cumbre de libertad del sujeto, la conformación de una genuina voluntad colectiva revolucionaria aparentemente desaparecida como posibilidad en Occidente¹. Para Jesi, siguiendo a

1 Como ejemplo de este solapamiento, citamos algunas de las sentencias de Jesi en torno a su análisis del 68 y el levantamiento espartaquista de 1919: “el instante de la revuelta determina la fulminea autorrealización y objetivación de sí como parte de una comunidad”. “No se trataba ya de vivir y de actuar en el contexto de la táctica y la estrategia [...]. Se trataba de actuar de una vez por todas, y el fruto de la acción se hallaba contenido en la acción misma”. “La revuelta suspende el tiempo histórico e instaura de golpe un tiempo en el cual todo lo que se cumple vale por sí mismo, independientemente de sus consecuencias y de sus relaciones con el complejo de transitoriedad o de perennidad en el que consiste la historia”. “La

otros “teólogos” de la revolución como Walter Benjamin, no sólo es posible la existencia de una espiritualidad política en las revueltas occidentales, sino que la misma es una condición *sine qua non* de cualquier revuelta cuando esta es genuina. En los escritos sobre Irán de Foucault hay una tendencia a la confusión entre las dimensiones ideológico-cultural y esotérica del islam. En este punto se podría hacer una acusación de orientalismo a los autores del libro y al propio Foucault y su visión de un chiísmo como exótica reserva mística popular en Oriente.

En cuanto al segundo punto, la crítica a Foucault se podría considerar desde la problemática de una falta de articulación de la dimensión subjetiva y puramente destituyente de la revuelta y la constituyente en los aparatos institucionales que han de sucederla. Los elementos están ahí, definidos por Brière, Blanchet y el propio Foucault, falta su articulación. Una de las preocupaciones centrales de los autores que sobrevuela todo el libro y se especifica en la entrevista es la pregunta clave de ¿qué será de la revolución una vez derrocado el Shah? Esto es, la pregunta clave de todas las revoluciones y el leitmotiv del cinismo de contrarrevolucionarios de todas las épocas. El tránsito del momento destituyente, de unidad mística y voluntad colectiva, al momento constituyente, donde los intereses y las divisiones en el cuerpo social vuelven a aflorar en la historia. A lo largo del libro Brière y Blanchet, Foucault en la entrevista del inicio y, algo clave, los propios entrevistados que participan en la revuelta son perfectamente conscientes de la diferenciación entre estas dos dimensiones, “estratégica” y “anti-estratégica”, ambas los constituyen. Pero la clave reside en que Foucault renuncia

revuelta es, en lo profundo, la más vistosa forma autolésiva de sacrificio humano. Al mismo tiempo, y aquí el sacrificio humano adquiere su forma más alta, la revuelta es un instante de fulgurante conocimiento”.

voluntaria y conscientemente al partidismo estratégico, a la dimensión institucional y a la macropolítica de la historia y el poder. Una falla que arrastraría durante años la militancia izquierdista discípula de Foucault y que paradójicamente creemos que ha terminado fortaleciendo al propio neoliberalismo que el filósofo pretendía combatir exclusivamente en el nivel de las subjetividades. Algo imprescindible pero completamente insuficiente. Uno de los testimonios clave de la segunda parte del libro es el de una profesora universitaria de clase alta, feminista, occidentalizada y que sufre una honda transformación a través de su participación en la revuelta: “es imposible no comprometerme, es imposible no escoger su bando. [...] Cuando empecé a desfilar, estuve llorando sin cesar. Por primera vez me sentí iraní”. Esta participante, que terminó exiliada, explicaba su rechazo frente al islamismo de Khomeini, pero coreaba su nombre en todas las manifestaciones. Si hubiera que condenar a los autores que apoyaron la revolución iraní, habría que condenar también a las feministas de clase media, a los obreros comunistas “ateos” y a los intelectuales liberales defensores de la democracia y los derechos humanos que gritaron “Viva Khomeini” fundidos con el pueblo en aquel momento. ¿Elimina algo de la validez de su impulso emancipatorio el resultado de la revuelta? Sin duda no. ¿Podemos a su vez desentendernos de su desenlace? Se podría responder con ironía que sólo si se es un intelectual. La misma problemática aparece en las llamadas “primaveras” que recorrieron el mundo árabe en 2010 y 2011: ¿servía para algo todo aquello? Guerras civiles, países devastados, retorno del autoritarismo. En el fondo el invierno árabe y la “fallida” revolución iraní fueron y siguen siendo tranquilizadores para la subjetividad neoliberal (por no hablar

del eurocentrismo orientalista), la que se implantaba en el mundo después de la derrota del largo periodo de agitación que se abrió en Occidente en los mayo del 68 y quedó definitivamente cerrado con las victorias de Thatcher y Reagan. Un cierre de la dimensión mítica del cambio histórico. *There is no alternative.*

Tras el definitivo derrocamiento del Shah en febrero de 1979 y con los primeros meses de gobierno autoritario de Khomeini los autores y el propio Foucault recibirían todo tipo de críticas, tanto desde la derecha como desde buena parte del espectro de la izquierda francesa. Khomeini había empezado mostrar el que sería su proyecto de país basado en su versión sui géneris de la sharía, ejecutaba a homosexuales, adversarios políticos y miembros de minorías étnicas y religiosas, y declaraba que las mujeres deberían cubrirse con el velo. *Irán, la revolución en nombre de Dios* se publicó inmediatamente después de la manifestación de decenas de miles de mujeres en Teherán ese 8 de marzo en contra de los visos que adquiriría el nuevo régimen. La exposición a estas críticas en el centro del debate público afectaría significativamente a Foucault y los dos periodistas. Aunque en ese momento ya se mostraba crítica con la revolución, con el tiempo la propia Claire Brière iría más allá, ingresando en la larga lista de intelectuales franceses neoconservadores, “arrepentidos” de su antigua participación en la extrema izquierda (Pierre Blanchet había fallecido cubriendo la guerra de la ex-Yugoslavia en 1991). Es una suerte que el libro fuese entregado para su publicación justo antes del inicio de la construcción de la hegemonía khomeinista y la represión de los elementos liberales e izquierdistas y, algo mucho menos conocido en los relatos occidentales, de miembros tanto del clero liberal como conservador, este último en oposición frontal a la doctrina

teológico-política del *velayat-e faqih* y la preeminencia en el nuevo gobierno de la política sobre la sharía y sus intérpretes tradicionales. Uno se pregunta si los autores hubieran mantenido inalterado su relato *desde dentro* del proceso revolucionario, desde la subjetividad que es inseparable de aquel aquí y ahora. Como hemos dicho, en la edición en castellano del libro la entrevista de los autores a Foucault aparece al inicio del libro, a modo de prólogo o introducción. La ubicación lógica hoy en día sería la del original en francés, a modo de epílogo y conclusión donde son tratadas todas las cuestiones que preocupan a los autores a modo de subtexto, como una coda abierta al momento de paso a la dimensión constituyente post-revuelta, a la implantación específica del gobierno islámico en toda su concreción. Si alguna editorial se decidiese a reeditar este testimonio de un acontecimiento histórico de gran significación para el mundo moderno, solo cabría añadir el texto con el que Foucault pretendió cerrar definitivamente la polémica que provocó su posicionamiento en la revuelta iraní. Un texto que Judith Revel considera como uno de los fundamentales en la producción teórica de Foucault, apenas dos páginas que comienzan con un titular en la portada de el periódico *Le Monde* del 11 de mayo de 1979, a modo de gran declaración pública final: ¿Es inútil sublevarse? Ahí están las claves de la toma de partido de Foucault, pero también de las graves dificultades teóricas y prácticas que enfrenta esa óptica tan imprescindible como insuficiente. El artículo concluye: «[...] me es indiferente que el estratega sea un político, un historiador, un revolucionario, un partidario del Shah o del Ayatollah; mi moral teórica es inversa: es “anti-estratégica”, ser respetuoso cuando una singularidad se subleva, intransigente cuando el poder infringe lo universal.

Elección simple, labor penosa: porque hay, a la vez, que acechar, un poco por debajo de la historia, lo que la rompe y la agita, y velar un poco por detrás de la política sobre lo que debe incondicionalmente limitarla. Después de todo, es mi trabajo, no soy el primero ni el único en hacerlo. Pero lo he elegido».

IAGO ALBERTI

FOUCAULT AND THE IRANIAN REVOLUTION: GENDER AND THE SEDUCTIONS OF ISLAMISM. JANET AFARY Y KEVIN B. ANDERSON. CHICAGO, THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS, 2005.

En *Foucault and the Iranian Revolution: gender and the seductions of Islamism*, la historiadora Janet Afary y el politólogo Kevin B. Anderson, ambos de Purdue University (Indiana, EE.UU.), presentan un ensayo estructurado en cinco capítulos y un epílogo que contextualizan un extenso apéndice comentado y anotado con los escritos de Foucault y los de sus críticos sobre Irán. El volumen ofrece por primera vez la traducción íntegra de los quince artículos y entrevistas que Foucault escribió sobre Irán, la mayoría para el diario italiano *Corriere della Sera*, y, en menor medida, para el semanario *Le Nouvel Observateur* y el diario *Le Monde* (después publicados en francés por la editorial Gallimard en el volumen 3 de *Dits et écrits, 1976–1979*, París, 1994). Afary y Anderson se plantean por qué solo tres de estos textos habían aparecido previamente publicados en inglés y señalan que existe un vacío en este ámbito del pensamiento de Foucault que atribuyen a cierto sesgo: muchos expertos foucaultianos habrían considerado estos escritos el producto de un error político o directamente una aberración. En cambio, Afary y Anderson parten de una doble premisa: no solo argumentan que los escritos de Foucault sobre Irán están directamente relacionados con sus escritos teóricos sobre los discursos del poder y los avatares de la modernidad, sino que señalan que la experiencia iraní influyó en sus escritos posteriores y que no se puede entender el giro en su pensamiento en los ochenta sin reconocer la importancia de este episodio y su interés generalizado por «Oriente».